

Andrea Barrett

**HISTORIA
NATURAL**

Andrea Barrett

HISTORIA NATURAL

Cuentos

Traducción de **Magdalena Palmer**

Nórdicalibros

Título original:

Natural History

© 2022, by Andrea Barrett. By arrangement with the author.

All rights reserved. This edition is published by arrangement with
Brandt & Hochman Literary Agents, Inc. through
International Editor & Yáñez Co' S. L.

© De la traducción: **Magdalena Palmer**

© De esta edición: **Nórdica Libros, S.L.**

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57 · info@nordicalibros.com

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 979-13-87563-03-5

Depósito Legal: M-28417-2024

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Diseño: **Nacho Caballero**

Maquetación: **Diego Moreno**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra y Ana Patrón**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Emily Forland, leal compañera

«Ser escritor de historias tenía sus ventajas:
el escritorio era un refugio detrás del que uno
podía esconderse, una madriguera donde ocultarse».

La casa del profesor, Willa Cather

I

MARAVILLAS DEL LITORAL

I

El litoral, con sus playas de arena y rocas, parece a primera vista tan solo un erial, la simple barrera natural del océano. Pero para el ojo observador estas extensiones en apariencia desoladas no solo bullen de vida, sino que están repletas de indicios del pasado. Son las páginas de una historia fascinante para quien ha aprendido a leerlas.

La cubierta es de un color verde oliva apagado, nada llamativo: no es el primer libro que sacarías de un estante. *Maravillas del litoral*. Tipografía negra, ilustraciones negras: la pequeña silueta de un cangrejo violinista; un par de estilizadas estrellas de mar bordeando el nombre de la autora. Unos caracoles enroscados enmarcan el «maravillas» y anémonas marinas el «litoral». Lo cierto es que sí que es atractivo, de una forma sobria, sutil. Alguien se ha trabajado ese diseño. Y también las fotografías, reimpresas de muchas fuentes pero recién catalogadas y recopiladas en papel grueso y satinado, lo que hace que el libro sea un volumen pesado.

La redacción es anticuada, más detallada de lo que se acostumbra en la actualidad; el libro se publicó en 1889. La autora, Daphne Bannister, menciona una larga lista de personas en los agradecimientos que siguen a su prefacio.

Algunas son profesores de sitios como Harvard y Barnard, conservadores y —las mujeres— asistentes del Smithsonian. Dedicar un agradecimiento especial a Celia Thaxter «cuyas amables invitaciones a la casa Thaxter convirtieron en un placer mis visitas laborales al hotel» y «a mi querida amiga y leal compañera, la señorita Henrietta Atkins».

Una pariente de Henrietta, Rose Marburg, heredó el libro, pero no lo abrió hasta pasado mucho tiempo.

II

Espero que este libro despierte un interés y un placer nuevos para muchos y que sirva como guía práctica para esta rama de la historia natural sin que para ello se requiera tener estudios serios. Los organismos marinos son unos conocidos interesantes una vez nos han sido presentados, y el verdadero propósito de la autora es mostrar, al naturalista latente, amigos con los que pueda divertirse.

Seguirle la pista a Celia Thaxter es fácil; escribió un libro de poemas, una colección de ensayos sobre la querida isla donde creció y un libro sobre su jardín. También hay cartas, retratos y fotografías, así como un par de biografías. Entre sus amigos célebres estaban Whittier, Sarah Orne Jewett y los pintores William Morris Hunt y Childe Hassam. Nathaniel Hawthorne visitó su casa en la isla. El mayor Greely afirmó que los poemas de Thaxter lo reconfortaron durante su desastroso viaje al Ártico. Conoció a Dickens y a Robert Browning.

Daphne, que escribió con dos nombres distintos, es más difícil de clasificar, pero también tuvo su momento de fama y los lugareños reparaban en ella: una mujer que aparecía con frecuencia y viajaba sola. A la botica, al teatro. Paseaba por el lago con su amiga, el cabello pálido de un espesor improbable sobre sus rasgos afilados y su delicado cuello. O patinaba —tenía unos pies diminutos, pero era muy rápida— vestida con un traje que mostraba más pierna de lo habitual en esa parte del norte del estado de Nueva York. A algunos les molestaban sus modales. Después de una visita, la *Crooked Lake Gazette* informó:

Entre los que llegaron la semana pasada en tren desde Bath se encontraba la señorita Daphne Bannister, que disfrutó de una de sus frecuentes estancias con nuestra estimada profesora de Biología, la señorita Henrietta Atkins. La señorita Bannister es una conocida autora que ha escrito guías sobre plagas de insectos, las flores silvestres de Massachusetts (donde reside) y las aves de los campos y granjas. Viajó desde el campus de Cornell, donde presentó una charla sobre nematodos parásitos.

Esa, decían las malas lenguas. La amiga de Henrietta. Todos en Crooked Lake conocían a Henrietta. La *Gazette* ya la mencionaba cuando iba a la escuela primaria: «Ganadora del concurso de ortografía». «La colección de fósiles de una alumna impresiona a las visitas». «Unas hermanas exhiben una trucha del lago en el concurso de pesca». En artículos posteriores se menciona su marcha a Oswego, donde estudió Magisterio, y la beca que obtuvo al terminar. Conoció a Daphne después de graduarse, en una escuela de verano para el estudio de la historia natural dirigida por Louis

Agassiz. Después volvió a su pueblo para enseñar Biología en el instituto. Creó el Club de Historia Natural, el Club de Jóvenes Lepidopterólogos, un grupo de patinaje sobre hielo y un grupo de lectura. Ganó varios premios de enseñanza. Cada año atraía a algunos estudiantes prometedores a sus investigaciones, que abarcaban desde ayudar a los agricultores locales en sus experimentos con la cría de vacas y el cultivo de maíz hasta estudios sobre los peces, el desarrollo de otros usos para las uvas de vino durante la Ley Seca y un nuevo método para producir la membrana utilizada para crear globos y dirigibles rígidos impermeables a los gases.

Todo eso se menciona en la *Gazette*. Henrietta —tan firmemente arraigada dondequiera que se encuentre que parece alta a menos que esté al lado de otra persona— envejece silenciosamente en las fotografías: sus faldas se estrechan, luego suben, luego dan paso a voluminosos pantalones. Siempre va arremangada por encima de las robustas muñecas y manos de dedos gruesos, las arrugas aparecen a medida que el pelo encanece y se transforma de una masa recogida en la nuca a un corte limpio justo por debajo de las orejas. Los estudiantes agradecidos la mencionan cuando a su vez aparecen en el periódico por un motivo u otro. Sus colegas le dan las gracias cuando se jubilan. El tono es invariablemente amable, salvo en las menciones a las visitas de Daphne, teñidas de algo que no se daría si cualquiera de las dos se hubiera casado. Ahora parecen señalar algo. Quizá en aquel entonces no se leyeran así.

III

Todas las costas muestran los efectos destructivos del mar, pues las bahías y las ensenadas, las grutas al pie de los acantilados y los espolones y agujas son obra de las olas. Y esta obra es constante. Los palos nudosos que se ven en la playa suelen ser el duramen de robles o cedros que los diminutos cristales de arena han ido erosionando lentamente por su menos sólido desarrollo exterior.

En agosto de 1885 Henrietta tenía treinta y tres años y llevaba doce enseñando en el instituto. Aunque su hermana, Hester, era casi una década menor, se había casado dos años antes y había dejado a Henrietta sola en casa con su madre. Eso le había ido muy bien a Henrietta hasta que su amigo Mason Perrotte, un ambicioso granjero al que conocía desde hacía algún tiempo, empezó a cortejarla, lo que la sumió en la confusión. Ahora, tras siete meses pensando una cosa por la mañana y otra por la tarde, sabía que él estaba a punto de declararse. Le tenía cariño, al igual que su madre. Si iba a cambiar de vida y formar una familia, sin duda era el momento. Sin embargo, dejar su trabajo después de todo lo que había invertido en él no tenía sentido a menos que pudiera trabajar más, no menos, como había hecho Daphne tras dejar su propio empleo como profesora. El argumento de su madre de que Henrietta enseñaría a sus *propios* hijos no era del todo convincente.

Desde que se conocían, Daphne y ella siempre habían pasado juntas las vacaciones de verano, lo que no siempre significaba que Daphne visitara a Henrietta: a veces Henrietta iba al pueblecito del oeste de Massachusetts donde

Daphne, tras liberarse de sus padres y hermanos, se había comprado una casita blanca. Y dos veces se las habían apañado para alojarse en un establecimiento turístico. Una vez en las Montañas Blancas, otra en Rhode Island: ¡qué lujo tener la comida preparada y la habitación limpia! Henrietta había sido la invitada de Daphne en ambas ocasiones, lo que habría sido incómodo si, en lugar de señalar que los ingresos que obtenía de sus libros eran muy superiores al pequeño salario de Henrietta, Daphne no hubiera insistido amablemente en que esos libros no existirían sin la ayuda de su amiga, por lo que la invitación era merecidísima. Este año las cosas le habían ido especialmente bien y Daphne le había propuesto pasar tres semanas en el hotel de la isla de Appledore, situada a escasos kilómetros de la costa de Nuevo Hampshire.

El día antes de que Henrietta partiera hacia la isla, Mason llegó de su granja de Pulteney con una lata de galletas de jengibre para el viaje en tren y un gran sombrero de lona blanca que se ataba con dos tiras de muselina debajo de la barbilla. Mason llevaba la camisa de cuadros azules que sabía que a ella le gustaba especialmente. Aunque notó que el granjero intentaba quedarse a solas con ella, Henrietta se plantó en la mesa con su madre sin dejar de hacer listas de lo que debía llevar y de lo que leería durante ese periodo de tiempo sin interrupciones. Seguía la obra de Darwin desde que, años atrás, Daphne la animara a aceptar su gran teoría. Lo había leído lenta y meticulosamente a medida que su interés aumentaba; había llenado páginas de notas, había reproducido algunos de sus experimentos y los había adaptado a sus alumnos. Pero no había forma de seguir a Daphne.

Daphne escribió a Darwin y recibió respuesta. Daphne escribió a Asa Gray. Daphne escribió sobre plantas trepadoras

y arañas excavadoras, publicó más y más artículos y luego un libro, y otro y otro, hasta ganar suficiente dinero con ellos (y también con los de su otra vida de escritora de la que no hablaba) y dejar de enseñar en la academia donde trabajaba cuando se conocieron. Henrietta no solo no podía seguirla, sino que iba quedándose rezagada. No es que se rindiese, pero trabajaba más despacio de lo que quería. Únicamente en verano podía dedicarse de lleno a sus propias investigaciones, que luego mantenía durante el curso escolar dedicándoles una o dos horas por la noche, después de preparar sus clases.

Sus «investigaciones», ¿qué quería decir con eso, exactamente? En las bibliotecas del centro del estado de Nueva York se conservan archivos de los boletines de las sociedades hortícolas y agrícolas que tan populares fueron a finales del siglo XIX. *New York Agricultural Experiment Station Bulletin*. *Rural New-Yorker*. *Bulletin of the Buffalo Naturalists' Field Club*. *Western New York Horticultural Society Bulletin*. *Transactions of the New-York State Agricultural Society*. En ellos se describen las reuniones y ferias del condado, breves observaciones sobre las condiciones locales de cultivo, nuevas semillas y variedades o el mantenimiento de una lechería limpia; también artículos más largos donde se entrelazan diferentes fuentes e informes para dar una visión de conjunto al agricultor. Daphne escribía esa clase de artículos cuando ella y Henrietta se conocieron; ahora era Henrietta quien los redactaba. «La larva blanca del escarabajo de mayo». Uno o dos al año, cuidadosamente planteados, pulcramente redactados, con referencias reflexivas y minuciosas. Útiles para estudiantes y agricultores por igual. En su conjunto, dan una idea de su evolución constante a lo largo de los años, aunque no ilustran el trabajo que hizo con y para Daphne. Hay un

indicio de ello en una carta que escribió a Mason la primera semana de su estancia en la isla de Appledore:

Ya nos hemos impuesto una agradable rutina. Nuestras habitaciones están en el tercer piso, la mía a unas cuantas puertas de la de Daphne: la suya más grande, por supuesto, ya que necesita espacio para sus ejemplares, pero ambas muy cómodas. Además de mi cama, mi cómoda y mi armario, tengo un sillón cerca de una ventana que da a las canchas de tenis y un recio escritorio. Después de desayunar abajo, en el comedor (amplio y bien distribuido, aunque un poco ruidoso; ¡aquí se alojan más de doscientas personas!), damos un paseo por la orilla y luego volvemos a nuestras habitaciones para trabajar. Nos reunimos de nuevo en la planta baja para comer y, según la marea y el tiempo que haga, visitamos las pozas, navegamos en uno de los botes del hotel o nadamos en la zona de baño. La isla es pequeña (unos ochocientos metros de ancho, creo; quizá algo más de longitud), pero tan accidentada y quebrada por el mar que siempre descubrimos nuevas pozas y recovecos. Después de cenar nos relajamos un rato en el enorme porche que ocupa toda la fachada del hotel y tiene una hilera de mecedoras.

Daphne trabaja con ahínco en un libro sobre la flora y fauna del litoral, recoge muestras (yo la ayudo), las compara con las fotos y descripciones de otros libros y redacta sus propias descripciones. Leo lo que escribe todos los días y le hago sugerencias, pero también estoy leyendo el libro de Darwin sobre plantas insectívoras. Gran parte del libro trata de la drosera común, autóctona de nuestra zona, por lo que me resulta fácil recolectar plantas para mi clase.

Daphne ya conoce el lugar de cuando vino sola hace dos años. También le presentaron entonces a la señora Thaxter, propietaria de la casa de campo próxima al hotel. Pero no había llegado a conocerla bien, y anoche anunció, muy emocionada, que había conseguido una invitación para la velada que se celebra en la casa de dicha señora. ¡Al parecer es un gran acontecimiento! Solo se invita a los huéspedes más selectos del hotel, escritores, músicos, pintores, etcétera. Sinceramente, habría preferido pasar una noche tranquila leyendo o mirando las estrellas, pero Daphne estaba tan satisfecha (creo que ya había intentado que la invitaran, en vano) que he comprendido que debía asistir.

En su siguiente carta a Mason describe parte de esta visita, refiriéndose especialmente al abarrotado salón. Sillas, mesas, lámparas, caballetes, todas las superficies cubiertas y las paredes tapadas por cuadros y bocetos que se tocan y extienden desde la guardasilla hasta el techo. Las repisas de las chimeneas y los alféizares de las ventanas están llenos de las famosas flores de la señora Thaxter: amapolas dispuestas por colores y rosas de té en cuencos a juego; tallos de guisantes de olor, calabacilla, lúpulo y campanillas que brotan de conchas y cestas suspendidas; espuelas de caballero y lirios en jarrones altos, y tallos de fleo y otras hierbas que se elevan de un enorme recipiente con algunas amapolas rojas intercaladas.

Describe la tapicería verde oliva de los sofás y las sillas, el suelo reluciente diseñado para realzar el sonido del piano que toca un hombre con chaqueta de lino, los mantones sueltos de las mujeres. Pero no la sensación que tuvo cuando la anfitriona se llevó a Daphne y la presentó a un círculo

de literatos, que se cerró y dejó a Henrietta emparejada con una estantería de libros. El hombre de la chaqueta de lino tocó una pieza de Chopin, se acarició la rala barba castaña y tocó una pieza de Mozart mientras Henrietta estudiaba los nenúfares blancos que flotaban en cuencos blancos. La cara de Daphne se sonrojó de placer cuando su anfitriona, que era muy corpulenta, dijo que su libro sobre las plagas de insectos le había sido de gran utilidad, de una utilidad *inmensa*.

Entonces la señora Thaxter posó una mano regordeta en el brazo de Daphne y despotricó de las terribles babosas de la isla; su cuerpo fornido y voluminoso hizo que Daphne, bajita y aún más delgada de lo que había sido doce años antes, pareciera una avena de mar. Aunque Henrietta se había ablandado y, admitía, enlentecido, Daphne seguía siendo furiosamente enérgica, y sus pequeñas manos mostraban las cicatrices de su decidido trabajo. Asentía vigorosamente mientras la señora Thaxter describía la guerra que libraba contra las babosas todas las mañanas entre las cuatro y las cinco, cuando el rocío todavía cubría el jardín. Y las larvas, ¡las feroces larvas que destruían los claveles! La señora Thaxter apuñaló el aire con la mano libre para emular el largo alfiler con el que extraía los gusanos de los tallos. Daphne sugirió que importara sapos para que se comieran las babosas, respondió a preguntas sobre las larvas, actuó como una experta en lo que concernía a la vida de los insectos, lo que en ese contexto Henrietta suponía que era y, sin embargo...

Sin embargo, seguía siendo exasperante sentirse tan abandonada, ver a su amiga presumir tan ostentosamente y saber que Daphne nunca revelaría a aquella multitud artística que, en realidad, gran parte de sus ingresos los obtenía

escribiendo libros de cocina con otro nombre. Como Dorrie Bennett tenía una vida profesional aparte y aún más exitosa, tan absorbente que en el comedor debía cuidarse de no llamar la atención de sus vecinos sobre sus acertados comentarios sobre la langosta o las galletas. Aquí, en el salón de la señora Thaxter, era como si nunca hubiese batido claras de huevo y gelatina de Cox para elaborar su famoso pudin nevado, anotando el tiempo que tardaba en levantar la espumosa masa blanca. Como si nunca se hubiese preocupado por una factura ni hubiera pasado la noche en vela para cumplir con un plazo de entrega.

En casa, donde Henrietta guardaba los libros de cocina de Daphne junto a sus obras más serias, le había contado a Mason la verdad sobre esa yuxtaposición cuando él le preguntó: había querido que sus dos amigos se entendieran. Pero ahora su relación era distinta y, quizá por eso, le ocultó su resquemor tras aquella primera visita, y también muchos detalles de la segunda. Escribió:

*Menos gente la noche pasada, cuatro pintores, un cantante y un pianista, dos escritores de Boston, un médico de Springfield, uno de los hermanos de la señora Thaxter y un hijo adulto (su marido falleció el año pasado). La señora Thaxter se sentó vestida de gris junto a una mesa cubierta de rosas y dirigió la conversación y las actividades, que incluían la demostración de Daphne sobre la preparación y el montaje de muestras de algas marinas. Traje las bandejas metálicas, las llené de agua marina y me quedé junto a las láminas mientras Daphne removía las muestras y separaba las ramas más finas con un alfiler de sombrero. Un hermoso ejemplar de *Cystoclonium purpurascens* quedó montado a la perfección, por*

lo que acto seguido todos los caballeros quisieron probarlo de propia mano. A la señora Thaxter, como me comentó uno de los pintores más jóvenes, le gusta estar rodeada de hombres; las mujeres escasean en sus reuniones, lo que hace que Daphne se alegre aún más de que nos inviten.

Lo que el pintor más joven, llamado Sebbv Quint, dijo en realidad fue mucho más mordaz y no se lo dijo a Henrietta en el salón, sino fuera, en el porche de la casa, al abrigo de las hojas superpuestas de las enredaderas. Nada de esto, ni de lo que siguió, llegaría a oídos de Mason.

IV

No obstante, en este volumen no trataremos la historia del pasado ni la acción de las fuerzas físicas sino de la vida del presente, y para hallarla en su abundancia hay que bajar a la orilla, donde la arena está mojada. No hay soledad alguna allí; es un lugar rebosante de seres vivos.

En el porche, donde las velas proyectaban sombras confusas, una brisa cálida mecía las hojas que cubrían las columnas y silenciaba las palabras y la música que salían por las ventanas abiertas del salón; una sensación sorprendentemente placentera, interrumpida por unos pasos a su espalda y el roce de una cerilla al encenderse. El hombre en el que se había fijado mientras Daphne hacía su truco del alfiler (era corpulento, pero con ojos suaves e inteligentes y una actitud de saber prestar atención) encendió su pipa y dijo:

—Ese vestido le sienta bien.

—Gracias —dijo ella, perdida la esperanza de que nadie la viera salir del salón. Había intentado en dos ocasiones insertarse en la conversación que orquestaba la señora Thaxter sobre las algas flotantes; en las dos había sido rechazada. Aburrida y molesta, se había escabullido para disfrutar de unos minutos de tranquilidad. Alisó los pliegues de su único vestido bueno, contenta ahora de que Daphne la hubiese convencido de que lo llevara para las veladas del hotel.

—El color —continuó él—. La línea del cuello. La prueba del éxito está en cómo la trata la señora Thaxter. Su amiga no corre ese riesgo.

—¿Qué insinúa?

El hombre señaló con la cabeza el círculo visible por las ventanas abiertas.

—A la querida señora Thaxter le gusta ser la reina de la colmena. No siempre recibe bien a las mujeres atractivas.

—¿Yo? —Henrietta se echó a reír. Daphne llevaba años ahuyentando pretendientes, mientras que ella solo había tenido que vérselas con Mason—. Usted debe ser de su agrado, si la halaga de esa forma.

—Lo soy —dijo él tranquilamente—. Y también ella me agrada. Nos acoge, admira nuestras pinturas, las vende a los huéspedes de su hotel. Haría cualquier cosa por ella. Pero estas veladas..., las mismas personas en la misma habitación diciendo lo mismo, fingiendo extasiarse con los mismos poemas y flores..., no es de extrañar que le resulte tedioso.

—Sobre todo estaba acalorada —protestó Henrietta.

—Pero también aburrida, creo. ¿Y quizá sentía que la dejaban un poco de lado? Su amiga la trata como si fuera su asistente.

Sacó una nubecilla de humo que quedó suspendida entre ellos. Henrietta pensó que Daphne simplemente estaba

concentrada en impresionar a la señora Thaxter. ¿Y por qué este hombre observaba su cara? Desde el otro lado de las canchas de tenis llegó el repiqueteo de algo que golpeaba una roca y luego una rápida carcajada masculina.

—Reúnanse todos —dijo la señora Thaxter—. Donald va a tocar Beethoven para nosotros. ¡Vengan!

Henrietta se volvió, pero fue incapaz de cruzar la puerta. El pintor rio a su espalda y le dijo:

—¿Dónde están sus modales?

—¿Dónde están los suyos?

—Seamos groseros juntos —dijo él después de presentarse. Acercó una silla, le indicó que se sentara y luego cogió otra para él—. Sentémonos y escuchemos las olas y el viento y a Beethoven de fondo, y disfrutemos de la brisa en lugar de sentirnos agobiados por todas las flores y personas acumuladas ahí dentro. No la he visto antes por aquí. ¿Cómo se llama?

Henrietta se lo dijo y, cuando él preguntó, le dijo también dónde vivía, cuánto tiempo hacía que era amiga de Daphne y qué estaban haciendo allí. Él era de Newburyport, le dijo a su vez, un alumno de Appelton Brown —«esos pasteles detrás de la hilera de jarrones son suyos»— que la señora Thaxter había incluido amablemente en su invitación. Hacía tres semanas que compartía una pequeña habitación trasera en la planta baja del hotel con otros dos estudiantes.

—Por lo que me parece justo cantar para ganarme la cena —dijo con ironía—, a cambio de un lugar donde dormir en esta bonita isla, tres comidas excelentes al día y mucho tiempo para pintar. Algunas noches la señora Thaxter prefiere estar solo con sus íntimos; otras veces, si un invitado especialmente importante está de paso, reunirá un

grupo más grande y reluciente. Si la lista de invitados es más bien escasa, me pedirá a mí y a los otros estudiantes que completemos la reunión y nos mostremos animados.

—Menos mal que Daphne no sabe qué lugar ocupa en la lista —dijo Henrietta. Él aún no había llegado a los treinta: no tan mayor como para oponerse a compartir habitación pero sí lo bastante para intuir lo que eso significaba. Consciente de cómo calculaba su valor la señora Thaxter. ¿Lo era Daphne del suyo?

Sebby se encogió de hombros.

—Su amiga es bastante interesante, puedo entender que intrigue a nuestra anfitriona.

—Ha sido muy amable al invitarnos —dijo Henrietta—. Y no quiero ser desagradecida, pero... —señaló la escena enmarcada por las ventanas—. Mírelos.

Tres mujeres de mediana edad pintaban flores en unos jarrones con expresión grave, dos hombres estaban inclinados sobre un álbum de poemas, la señora Thaxter examinaba con una lupa el alga montada y un grupo congregado alrededor de un caballete observaba a un joven, quizá uno de los compañeros de Sebby, que pintaba con pasteles de tonos dorados y verdes la estela de la luna en el agua. Todos intentaban transmitir, con sus expresiones y posturas atentas, que también estaban escuchando al pianista que seguía interpretando a Beethoven. Todos, incluida Daphne.

—Se siente excluida —repitió su nuevo conocido.

—No es cierto —dijo ella, más alto de lo que pretendía. De pronto cesó la música.

La señora Thaxter se dirigió a la ventana más cercana.

—¿Qué está haciendo ahí fuera? —dijo, claramente ofendida—. ¿Señor Quint, es usted?

—Mis disculpas —dijo Sebby—, he salido a fumar.

—Entonces quizá pueda volver a entrar. O al menos no perturbe nuestro espectáculo musical.

En la penumbra, Henrietta solo alcanzaba a ver el moño de pelo blanco arriba y los pliegues de un pañuelo blanco abajo. Quizá sus propios rasgos tampoco fuesen visibles. Pero la señora Thaxter hizo un gesto impreciso en su dirección.

—Usted también —añadió. ¿Sabía a quién señalaba?

Sebby cruzó la puerta del salón, pero Henrietta, a quien no le gustaba que le diesen órdenes, los dejó a él y a Daphne y volvió al hotel. Durmió mal. Despertó con la llegada de una gran tormenta, cuando el viento empezó a soplar y la lluvia a arreciar, y luego se quedó sudando entre las sábanas antes de levantarse para beber más de lo que pretendía del *brandy* que había traído para emergencias. Por la mañana la tormenta se había disipado, dejando el litoral lleno de algas y toda clase de animales; exactamente, comprendió Henrietta en cuanto despertó, lo que Daphne necesitaba. Se levantó y se vistió apresuradamente, pero llegó tarde a desayunar y Daphne, tras saludarla con frialdad, apenas habló mientras terminaba sus huevos con bechamel. Henrietta, apartando su plato e indicando a la camarera que trajera café, dijo:

—Traeré más cajas esta mañana y también más papel para montar las muestras.

—No hace falta —dijo Daphne—. Ya me las arreglaré sola; quiero concentrarme en grupos específicos para empezar a escribir la introducción de las secciones.

—No te enfades. Lamento lo de anoche.

Daphne untó el panecillo con mantequilla sin mirarla.

—No hay nada que lamentar —le dijo—. Parece que no te agradaba estar allí, no tenía por qué gustarte. Pero la señora Thaxter me ha pedido que vuelva esta noche, y pienso ir.

—Lo lamento —repitió Henrietta. Si ese joven pintor no la hubiese alentado..., aunque ¿por qué culpar al pintor de sus propios sentimientos?—. Me portaré mejor esta vez.

—Lo cierto es que me ha pedido si me importaría no traerte —dijo Daphne, dibujando con el mango del cuchillo en el mantel. Las pequeñas cicatrices que cubrían sus manos destacaron con la luz matinal.

Había a su lado una familia numerosa; tres niñas con vestidos azules idénticos observaban con cariño a su hermano pequeño, que rogaba a su padre que le permitiera ir a la zona de baño, y su padre, que al principio se resistía, acabó por ceder. Al otro lado de las puertas abiertas resplandecía el agua, partían las primeras barcas, los empleados abrían los baños de las mujeres y luego los de los hombres, un grupo de niños corría hacia las rocas y el niño, saltando del último de los escalones, echó a correr hacia ellos por el aire suave y limpio. ¡Qué día tan magnífico!

—Ve, entonces —le dijo a Daphne—. Ya me entenderé por mi cuenta.

—Hay un concierto a las ocho —dijo Daphne, señalando con el cuchillo el tablón de anuncios.

Henrietta volvió a ofrecerle su ayuda para la recolección de muestras de esa mañana y Daphne volvió a rechazarla, más firmemente, antes de apartar su silla y marcharse. Fuera, las tres niñas vestidas de azul formaban un triángulo en las rocas; Henrietta, entre las últimas en salir del comedor, cogió el sombrero de Mason, se anudó las cintas de muselina debajo de la barbilla, echó a andar en su dirección y

estuvo media hora contemplando las lecciones de vela en la ensenada. En realidad, tener un día libre era de lo más agradable. Cuando volvió a su habitación, abrió las ventanas de par en par, extendió sus libros y papeles sobre el escritorio y se concentró en su propio trabajo sin ninguna dificultad. Una vez terminadas las lecciones de vela, los bañistas llenaron la poza mientras ella leía *Plantas insectívoras* de Darwin y tomaba notas para llevar a cabo una serie de experimentos. Drosera, también llamada rocío del sol: el rocío son las gotas resplandecientes y pegajosas que coronan los pelillos de color rojo que salen de la roseta de hojas con forma de piruleta. Los capítulos sobre qué estimulaba esos pelillos —más bien tentáculos, decía Darwin— para que se inclinaran y llevaran el posible bocado de comida a los discos ahuecados de las hojas, y cómo lo digerían las secreciones de la planta, era el lugar donde empezar. Cada experimento ofrecía una pregunta planteada correctamente a la que se podía encontrar respuesta.

Moscas muertas, trozos de carne curda o huevo cocido, briznas de papel y musgo seco y cenizas del mismo peso que las moscas, quizá algunas púas; eso era lo único que necesitaba para que sus alumnos comprobaran la respuesta de una hoja. Después, los problemas no eran científicos sino logísticos; lo que constituía una gran parte de la enseñanza, como había ido aprendiendo poco a poco: en parte de Daphne, y no solo por la forma en que organizaba su obra científica. Cuando Daphne probaba recetas para su otra obra y sustituía ingredientes habituales por otros difíciles o poco comunes, ordenaba cada paso con sensatez y luego modificaba la escala resultante para una cena familiar, una fiesta para veinte personas o una boda para ochenta sin salirse de un presupuesto fijo, estaba haciendo lo mismo.